

Desconocimiento político a nivel subnacional: el paradigmático caso de Castilla y León

Lack of awareness on politics: the paradigmatic case of Castile-Leon

Salvador SANTIUSTE CUÉ*

Universidad de Salamanca

BIBLID [ISSN 2174-6753, nº6, 172-189]

Artículo ubicado en: www.encrucijadas.org

RESUMEN: Para que una democracia funcione correctamente los ciudadanos deben saber quiénes son y qué hacen sus políticos. De no ser así, es difícil que éstos controlen adecuadamente a sus representantes, y que éstos, a su vez, rindan cuentas de manera apropiada. El conocimiento político es por tanto un factor clave para que una democracia sea eficaz. De ello depende, nada menos, que la “nueva” máxima de la democracia actual: la renombrada accountability. Son muchos los estudios que han puesto de manifiesto cómo y por qué varía el conocimiento político y cómo éste incide en el desempeño democrático. El presente artículo pretende contribuir a este ámbito de estudio pero analizando el saber político en el ámbito subnacional, en este caso, a nivel autonómico, pues el referente empírico elegido viene dado por la Comunidad Autónoma de Castilla y León. Así, y a través de diferentes datos estadísticos, se mostrará el ahondamiento del desconocimiento político que se produce en Comunidades, que como Castilla y León, presentan una endeble identidad regional.

Palabras clave: *Conocimiento político, ignorancia, información, subnacional, Castilla y León.*

ABSTRACT: To make democracy works properly, citizens should know who are their politicians and what they do. Otherwise, it is difficult for them to adequately control their representatives and that these, in turn, accountability appropriately. Political knowledge is, thus, a key factor for an effective democracy. The “new” maxim in the current democracies, the renowned “accountability”, depends precisely on that. Many studies have pointed out how and why political knowledge varies and how it affects the democratic performance. This article aims to contribute to this literature by studying political knowledge at the subnational level. More specifically, it is focused at the regional level, given that the empirical reference chosen arises from the Autonomous Community of Castile and León. Then, relying in different statistical data, it is shown the deepening of political ignorance in those communities that, such as Castile-Leon, has a weak regional identity.

Keywords: *Political knowledge, ignorance, information, subnational, Castile-Leon.*

* Este trabajo fue enviado por Salvador Santiuste al XI Congreso Español de Sociología (Grupo de Trabajo 8: Sociología Política); previamente fue presentado en el Seminario de Investigación del Área de Ciencia Política de la Universidad de Salamanca el 12 de marzo de 2013. Esta versión póstuma ha sido revisada y adaptada por María Ramos (UNED).

1. Introducción

La información se ha convertido en el recurso quizás más privilegiado de nuestras sociedades. Su creación, distribución y manipulación parecen determinar de hecho el porvenir de las mismas. El paso de una sociedad industrial a una sociedad postindustrial, analizado en profundidad por los sociólogos (Touraine, 1969; Bell, 1973), explica y contextualiza en gran medida esta transformación, que otros autores han ligado, más específicamente, a la emergencia de la denominada “sociedad de la información” (Masuda, 1984) o “sociedad del conocimiento” (Drucker, 1993): esto es, al desarrollo de un tipo de sociedad en donde la información y, como consecuencia, el conocimiento (asimilación de información) constituyen las nuevas materias primas de la economía y la sociedad.

Nos encontramos, en definitiva, frente a lo que Castells (1997) ha descrito como la “era de la información”. Una época marcada por la expansión de las nuevas tecnologías de la información —las denominadas TIC—, que ha modificado la transmisión de los contenidos simbólicos adquiridos (el conocimiento) y la obtención de habilidades y competencias. De tal suerte que la adquisición y procesamiento crítico y selectivo de la información por parte de los ciudadanos se ha convertido en un asunto particularmente crucial. Y no sólo desde un punto de vista económico, en la medida en que la información y el conocimiento han pasado a ser elementos básicos de la productividad; sino también desde un punto de vista político, por cuanto el acceso y manejo de las nuevas fuentes del saber ha determinado y determina el ejercicio del poder y el posible control de unos pocos (“los expertos”) sobre los demás. En juego está nada más y nada menos que la propia democracia, o si se prefiere, la posibilidad de que ésta se desempeñe (o no) como si fuera una mera “aristocracia electiva” (Miller, 2011: 66).

Y es que en una democracia “el conocimiento es poder” (Jerit et al., 2006: 266), y la ignorancia, en contra de lo que señala el tradicional proverbio anglosajón —*Ignorance is bliss*— no es una bendición. La democracia necesita para su correcto desempeño de una ciudadanía básicamente informada. Como destaca de manera atinada Pasquino (1999: 93), “la democracia es el más exigente de los regímenes políticos”; no es un mero conjunto de técnicas y mecanismos, precisa un público que exija y que actúe, en consecuencia, castigando y premiando. Pero claro, esto sólo es posible si los ciudadanos poseen información fáctica y verídica sobre lo que ha sucedido, sucede y puede llegar a suceder en un futuro. De no ser así, sus juicios pueden ser erróneos e ir incluso en contra de su propio interés.

Ante tal situación, se entiende perfectamente que desde el análisis empírico de la política se haya intentado medir cuánto sabe la gente de política. ¿Conoce la población cuáles son las reglas de la democracia? ¿Cómo éstas funcionan? ¿Cuáles son los políticos y partidos que la representan? ¿Qué programas de acción defienden? ¿Qué políticas llevan a cabo? Alrededor de este tipo de preguntas, o muy similares, ha girado la investigación. Pues bien, aunque la evidencia empírica no es tan abundante como la que se puede encontrar en otras áreas de la Ciencia Política¹, existe un amplio consenso entre los estudiosos a la hora llevar a cabo un diagnóstico: los ciudadanos, en verdad, saben poco de política. Lo normal es que desconozcan el funcionamiento interno de la democracia, las normas básicas que reglan sus instituciones; que más allá de dos o tres líderes nacionales no atinen a identificar quiénes les gobiernan y representan; que les cueste indicar las diferencias que existen entre los programas de los diferentes partidos; y que no sepan a ciencia cierta qué tipo de políticas públicas implementa cada nivel de la administración estatal.

1 A excepción hecha de los Estados Unidos, en donde la cantidad de trabajos sobre esta materia es significativa, no existe un corpus de trabajos científicos que dé cuenta de esta problemática de una manera extensa y sistemática.

Los escasos estudios realizados en España corroboran el dictamen general realizado. Los españoles, al igual que ocurre en otros países de su entorno, presentan un nivel medio-bajo de conocimiento político (Fraile, 2006). Pero esta hipótesis sólo está corroborada atendiendo a la dimensión nacional de la política, es decir, lo que se ha evaluado es el nivel de competencia del ciudadano en relación a temas y cuestiones de ámbito nacional. ¿Ocurre exactamente lo mismo a nivel subnacional, autonómico y local, o la proximidad cambia el grado de conocimiento político? ¿Existen diferencias según las autonomías o la localidad que se estudie? Si es así, ¿a qué se deben? ¿Qué características individuales y del entorno aparecen como diferenciadoras?

El presente artículo intenta dar una primera respuesta a este tipo de interrogantes, pero prestando atención exclusivamente al ámbito autonómico. Ahora bien, dada la carestía, casi total, de encuestas y estudios de opinión que incorporen preguntas sobre conocimiento político a nivel regional o autonómico, el trabajo se plantea, y así debe ser entendido, como una investigación descriptiva y exploratoria, que lo que pretende es generar algunas modestas hipótesis. Para ello, se presentarán, en primer lugar, datos parciales procedentes de diferentes sondeos o encuestas que nos permitirán comparar; por un lado, el nivel de conocimiento a escala nacional y autonómico, y por otro lado, la existencia de diferencias significativas de conocimiento entre las 17 autonomías en que se divide España. Finalmente, y como complemento al análisis, se hará un estudio de caso centrado en la Comunidad Autónoma de Castilla y León. La hipótesis básica es que los españoles saben menos de política regional que nacional, pero que existen diferencias significativas entre las autonomías según sean éstas comunidades surgidas al amparo del artículo 151 de la Constitución (Cataluña, País Vasco, Galicia y Andalucía) o comunidades nacidas por el procedimiento señalado por el artículo 143 de la Constitución (el resto salvo Navarra)².

2. El papel del conocimiento político

En la literatura académica sobre democracia y conocimiento político, existe un acuerdo prácticamente unánime con respecto a que la democracia, para su correcto funcionamiento, requiere ciudadanos que conozcan, aunque sea mínimamente, sus reglas y procedimientos. El analfabetismo político se entiende por ello como algo esencialmente indeseable. Pero las coincidencias llegan sólo hasta aquí, pues no hay acuerdo en relación a cuánto conocimiento se ha de tener. En otras palabras, ¿se necesita una población altamente instruida y formada políticamente? ¿O no se ha de exigir demasiado, por utilizar la terminología de Pasquino (1999), y con sólo algunas referencias básicas es posible el juego democrático? Respuestas diferentes a estas preguntas implican, como es obvio, diferentes visiones sobre la democracia (participativa versus elitista), pero también diferentes grados de pesimismo con respecto a las implicaciones negativas que se derivarían de un bajo nivel de conocimiento político

Sin ánimo de ser exhaustivo, aquellos que aspiran a que los votantes y los ciudadanos en general tengan mayor conocimiento político anclan su respuesta en dos grandes argumentos. En primer lugar, ponen de manifiesto el grave problema que conlleva que los ciudadanos estén desinformados para el control de los políticos. En efecto, si los votantes no están informados sobre lo que ocurre en política, resulta difícil que éstos lleven a cabo una evaluación racional sobre la actividad de los políticos. Un votante que se acerca a su colegio electoral sin estar al tanto de la oferta política (candidatos y programas), es muy posible que lleve a cabo una mala elección, o sea, que

2 Navarra constituye una excepción puesto que siguió un camino particular de acuerdo a su régimen foral.

elija en contra de sus preferencias (“selección adversa”)³. De igual manera, se vuelve complicado que un votante actúe conforme a sus intereses si ignora cuál ha sido el desempeño del gobierno, pues como mínimo tendrá serias dificultades para determinar si existe una conexión real entre las políticas públicas realizadas y las condiciones sociales que observa en la realidad. La ignorancia del votante envuelve, además, un efecto “perverso”: favorece la manipulación por parte de los políticos. Cuando las elites políticas saben cosas que los ciudadanos desconocen, no cabe esperar otra cosa que la manipulación en su beneficio de la información a la que tienen acceso privilegiado (Maravall, 2003: 20). La ausencia de un público crítico e informado posibilita, por consiguiente, estrategias de ocultación y camuflaje de las políticas impopulares, lo que pone de nuevo en solfa el necesario control de la política por parte de la ciudadanía.

Este primer argumento, como se observa, no remite a un asunto baladí. Si los ciudadanos, como consecuencia de su falta conocimiento político, no sancionan o recompensan adecuadamente a sus políticos, cabe esperar que éstos, los políticos, pierdan el miedo a recibir castigos electorales en función de una mala actuación, y que por esa misma razón tengan claros incentivos a incumplir sus promesas y apartarse del interés general. El problema aquí es que tal situación pone en cuestión la propia esencia de la democracia, ya que no se estaría respetando de manera manifiesta la voluntad del pueblo.

El segundo argumento sobre el que se apoyan aquellos que reclaman una ciudadanía más informada se relaciona con la participación política. La tesis, expresada de manera muy sucinta, consiste en establecer una relación de asociación positiva entre conocimiento político y participación política. A mayor conocimiento mayor participación. Como sugieren Delli Carpini y Keeter (1996), en su muy citado trabajo, *What Americans know about politics and why it matters*, el conocimiento político ayuda a los ciudadanos a tener opiniones estables y consistentes, lo que les permite trasladar sus intereses en formas significativas de participación política. Y esto, claro está, es muy positivo, ya que se juzga que a mayor participación, más democracia y, por ende, mejor y más autogobierno (Barber, 1984). El conocimiento político se convierte así en una variable clave para el desarrollo de una cultura política democrática o cívica (Almond y Verba, 1970), esto es, un cultura en donde los individuos, además de ser conscientes de su sistema político, participen vivamente en él al estar interesados en la forma en cómo opera y trabaja.

Frente a esta visión del papel del conocimiento político, que entronca, como es obvio, con el ideal de ciudadano informado que defiende la “teoría participativa de la democracia” (Pateman, 1970), se sitúa la denominada “escuela elitista de la democracia”. Según ésta, la democracia no necesita una ciudadanía con un alto nivel de conocimiento político, dado que se no requieren ciudadanos muy activos o participativos y, por ende, conocedores en detalle del proceso político para que ésta, la democracia, sobreviva y se desempeñe adecuadamente.

La teoría elitista, que arranca con Schumpeter (1942), y que tiene acreditados continuadores en Dahl (1971 y 1989) y Sartori (1987), defiende una democracia en donde los ciudadanos no participen directamente del poder político. La función principal de la población se debe limitar, según estos autores, a elegir a sus representantes y para eso no es necesario que el conocimiento político sea extenso y detallado. Además, no es realmente problemático que existan votantes faltos de información. Como estableció hace ya bastantes décadas Anthony Downs

3 Algunos estudios han señalado como ejemplo de selección adversa producto de la ignorancia o desinformación, el voto de las poblaciones más desfavorecidas económicamente por partidos ideológicamente de derechas, cuando deberían ser un electorado natural de los partidos de izquierdas, en la medida en que éstos son justamente los defensores de los beneficios sociales que estas capas más bajas reciben del Estado (véase: Arnold, 2012).

(1957), los votantes, ante los inconvenientes que trae consigo informarse, buscan “atajos informativos”, es decir, pistas e indicios que les ayuden a tomar una posición política sin sufrir un coste excesivo. Con el fin de clarificar qué deben hacer, sin malgastar tiempo y recursos, recurren entonces a la ideología como el mejor pronosticador de lo que les conviene, de modo que apuestan por un partido, no porque conozcan sus políticas concretas, sino porque sospechan que su ideología general es similar a la suya⁴. Este tipo de comportamiento que se entiende, como cabe imaginar, como perfectamente racional (la llamada “ignorancia racional”), se ha visto posteriormente secundado por algunos otros estudios (Popkin, 1991; Sniderman et al., 1991; Lupia, 1994; Lupia y McCubbins, 1998). Así se ha mostrado cómo, efectivamente, los profanos de la política deciden su voto en función de la posición que tomen individuos o grupos bien informados (amigos, familia, líderes políticos y de opinión, grupos de presión, etc.), trasvasando de esta manera a otros los costes que conlleva estar al tanto de la actualidad política.

Esta idea sobre los atajos informativos minimiza el impacto del conocimiento político, que deja de ser, como habíamos visto previamente, una amenaza para la política democrática. Los votantes pueden realizar elecciones razonables que reflejen sus preferencias sin estar bien informados. Por otro lado, se piensa también que si la ignorancia es imparcial en relación a su distribución global dentro del electorado, la misma carece entonces de importancia (Wittman, 1989). Es decir, si los errores producto de la ignorancia están simétricamente repartidos en la sociedad, neutralizándose unos con otros, el resultado final no tiene que ser variable ni inestable y, por ende, carece de un efecto significativo (Sánchez Cuenca, 2010: 29-30).

Llegados a este punto, cabe preguntarse cuál es el verdadero papel que tiene el conocimiento político. Si atendemos a lo expuesto hasta aquí, parece evidente que cierto conocimiento es necesario, aunque tan sólo sea para elegir los atajos informativos. ¿Pero hace falta más? En este trabajo se asume que sí; sin que ello implique fijar un umbral específico: cuánto más se sepa, en principio, mejor. Como recientes trabajos han demostrado (Kukblinski et al., 2000; Lau y Redlawsk, 2001; Crampton, 2009) las conclusiones a las que han llegado los defensores de la denominada “ignorancia racional” son, en el mejor de los casos, muy discutibles. Primero, porque es dudoso que individuos con diferentes niveles de conocimiento usen igualmente bien los atajos o pistas informativas que tengan a su disposición: es de esperar que comentan errores lógicos. Y segundo, porque la ignorancia política no es imparcial, determina las preferencias de los votantes una vez se controla la influencia que ejercen las variables sociodemográficas. El conocimiento político persiste por lo tanto como un problema a cotejar y analizar.

3. Las causas de la ignorancia política

En el análisis empírico de la ignorancia política⁵ se han distinguido dos grandes conjuntos de variables explicativas: variables individuales y variables ambientales o contextuales. De esta manera, se ha puesto el acento, por una parte, en detectar qué características personales correlacionan con un menor o mayor conocimiento político. La literatura a este respecto es voluminosa, existiendo un gran número de estudios centrados en medir y ajustar el peso específico que diferentes atributos y cualidades individuales tienen sobre el saber político. Por otra parte, sin embargo, el interés ha recaído en un análisis de las oportunidades que desde el entorno del individuo favorecen la adquisición de información y conocimiento por parte de éste. Pero aquí, al contrario de lo que sucede con el

4 Algunos autores han puesto en cuestión que la ideología siga actuando de manera eficiente como atajo informativo como consecuencia de la desideologización creciente de los partidos políticos mayoritarios (Crouch, 2004).

5 En este epígrafe sólo se persigue dar cuenta de las variables que han sido estudiadas empíricamente en relación con la ignorancia política. No se reseñan, por consiguiente, las teorías sociológicas y politológicas que han intentado explicar, con más o menos acierto, el conocimiento político. A este respecto se remite al lector al trabajo de Cassel y Lo (1997).

análisis individual, la literatura es bastante menor, no existiendo un panorama claro de las variables que desde el contexto se asocian positivamente con el conocimiento político. Dicho esto, se reseñarán seguidamente algunas de ellas, las más significativas.

Pero empecemos por el primer tipo de variables: las variables individuales. Aquí el foco de atención ha recaído sobre los factores demográficos y socioeconómicos que definen al individuo, aquellos que Delli Carpini y Keeter (1996: 179) denominaron “sospechosos habituales”. ¿Y quiénes son estos sospechosos habituales? Pues básicamente el sexo, la raza, la edad, la educación y la clase social (medida a través de la ocupación y los ingresos). Y como cabía esperar, lo que se observa es que existe una desigual distribución del conocimiento político, de suerte que aquellos que presentan un estatus socioeconómico alto son los que más conocimientos políticos poseen. Las desigualdades sociales se reproducen así, tal cual, en el ámbito de lo político (Converse, 1990). Si se presta atención, muy brevemente, a cada uno de estos factores, se llega a las siguientes conclusiones: que las mujeres tienen un grado de conocimiento político más bajo que los hombres; que atendiendo al origen étnico (en EEUU) los afroamericanos presentan bajos niveles de competencia política; que los más jóvenes constituyen el grupo de edad más ignorante en términos políticos; que los ciudadanos con menores niveles educativos son los más desinformados; y que pertenecer a la clase social más baja correlaciona con un elevado desconocimiento político. Partiendo de aquí, obviamente, lo que surgen son todo tipo de matices —nacionales y al interior de cada grupo— y muy diversas explicaciones.

Junto a estas variables sociodemográficas, se han incluido también variables actitudinales relacionadas con aspectos propios de la cultura y la participación políticas. Variables tales como el interés por la política, confianza en la democracia y sus instituciones, autoubicación ideológica, participación en manifestaciones, voto, pertenencia a organizaciones civiles, etc., han sido empleadas con el fin de cotejar una cuestión ya esgrimida en páginas anteriores: la relación entre participación política y conocimiento político⁶. El resultado: que los ciudadanos más activos y participativos muestran niveles de entendimiento y comprensión política bastante más altos que aquellos que presentan actitudes apáticas y bajos niveles de participación.

Finalmente, a este grupo variables se han incorporado variables sobre el consumo de información política a través de los medios de comunicación de masas. Dos han sido, en este sentido, los aspectos analizados: el tiempo que los individuos dicen dedicar a informarse sobre política y el medio a través del cual lo hacen (prensa, radio, TV e Internet). En relación al tiempo destinado a informarse políticamente, se ha observado que existe un efecto positivo: conceder más tiempo a la información política aparecida en los medios implica alcanzar un mayor conocimiento político (Norris, 2000). En relación al medio utilizado, lo que se aprecia es que aquellos que se informan a través de la prensa escrita, y parece que también digital (Dimitrova et al., 2011), exhiben una mayor competencia sobre los asuntos políticos; siendo también ésta mayor entre los que se informan en la radio con respecto a los que acuden a la televisión.

Pasando ahora al análisis contextual, son varios los “entornos informativos” que posibilitan la obtención de información política y que han sido considerados como relevantes. Por un lado, y entroncando directamente con el proceso de socialización que viven los individuos, se ha destacado la influencia de la familia, la escuela (en sus diferentes etapas) y los *mass media*. La familia como entorno primario y privilegiado de socialización ha sido

⁶ No está del todo claro qué determina qué, o sea, cuál es la dirección de causalidad entre conocimiento político y participación (Fraile, 2006: 21).

estudiada, sobre todo desde autores clásicos (Easton y Bennis, 1967; Dowse y Hughes, 1971), como el ámbito en el que se forman las actitudes políticas básicas y, como consecuencia, la inquietud por saber y adquirir información política. La escuela, tanto en primaria, secundaria como universitaria, se ha vinculado al desarrollo dentro de la población de una educación cívica, cuyo impacto en las competencias políticas del individuo se ha estimado como muy alto (McAlliter, 1998; Galston, 2001). Finalmente, y en relación a los medios de comunicación, se ha subrayado cómo éstos en función de la cobertura que den a los asuntos políticos pueden reducir de manera significativa las diferencias de conocimiento que se producen entre diferentes grupos sociales —educados frente a no educados, pobres frente a ricos... (Jerit et al., 2006).

Por último, debe subrayarse la ausencia de estudios sobre el impacto del entramado político e institucional en la incorporación de conocimiento político. Si en algo sobresale con éxito la Ciencia Política es en el estudio de las estructuras, incentivos y resultados que se derivan de aquello que Sartori (1994) llamó la “Ingeniería constitucional comparada”: el sistema electoral (mayoritarios versus proporcionales), el tipo de régimen político (presidencialismo versus presidencialismo) y el tipo de Estado (unitario versus federal). Sin embargo, no abundan estudios sistemáticos y contrastados que pongan en relación las reglas de juego de la política con la comprensión y entendimiento de la misma. Si algo se especifica por parte de algunos autores, véase Somin (2004 y 2006), es que cuánto más simple sea el diseño institucional más pequeña será la brecha de conocimiento. De este modo, y sin entrar en detalle⁷, se considera, por ejemplo, que el tamaño de los gobiernos importa y que el federalismo, dado que limita el abanico de actividades de sus diferentes gobiernos, favorece un mejor conocimiento de la política⁸. Igualmente, se piensa que los sistemas electorales mayoritarios facilitan el aprendizaje político al favorecer sistemas de partidos bipartidistas, al contrario que los sistemas proporcionales en donde el número de partidos con representación tiende a ser mayor (Arnold, 2007). Una idea, ésta última, que encaja también con la supuesta ventaja informativa que tendría el presidencialismo cuando éste desemboca en una competición entre dos candidatos (por ejemplo, en una segunda vuelta).

4. Datos y variables

La pretensión de este artículo, como ya quedó señalado, es medir el conocimiento político a nivel autonómico. Pero ésta no es una tarea fácil. Todo lo contrario. Si medir el conocimiento político a nivel nacional es complicado, dada la ausencia de encuestas que incluyan preguntas sobre este tema, a nivel autonómico la situación se convierte en un pequeño drama. No existe, para el caso español, una encuesta para el conjunto del país que incluya una batería de preguntas específicas sobre la dimensión regional del conocimiento político. Y eso, a pesar de que el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) ha realizado encuestas y/o barómetros interrogando a la población sobre cuestiones políticas específicas de su comunidad. En verdad, la única pregunta con la que uno se tropieza, y lo de tropezar es tal cual, es la siguiente: ¿conoce (o sabría nombrarme) al presidente de su Comunidad Autónoma? Se trata de un interrogante que, como se advierte, a veces se formula indicándole al entrevistado el nombre del presidente, con lo que la respuesta es un “sí” o un “no”, y otras ocultándole el nombre del mismo, lo que introduce un grado de dificultad mayor.

7 Introducirse en este debate sobrepasa los objetivos de este trabajo.

8 Esta relación entre federalismo y conocimiento político es cuestionada en algunos estudios en donde se detecta una relación positiva entre unicameralismo y competencia política (Gordon y Segura, 1997).

Resulta evidente que al hablar de conocimiento político hacemos referencia a una dimensión mucho más compleja de la que recoge la pregunta señalada. En términos muy generales sabemos que el conocimiento remite a la información que la gente tiene sobre la política. Pero si queremos delimitar bien el terreno, se pueden distinguir tres grandes ámbitos (Althaus, 2003; Delli Carpini y Keeter, 1996). Por una parte, estaría el conocimiento de los actores relevantes de la política: líderes políticos, partidos, sindicatos, etc. Por otra parte, tendríamos el conocimiento de las reglas de juego: número de escaños de su distrito, número de cámaras de representación, tipo de elecciones, competencias del gobierno y de las diferentes administraciones, etc. Y finalmente, el conocimiento de la dinámica política, o sea, de lo que está pasando: información sobre las acciones y políticas del gobierno, sobre los eventos políticos relevantes, sobre los temas y problemas de actualidad, etc. Algunos autores que podríamos ubicar en la visión elitista de la democracia, sostienen que de estos tres ámbitos el menos importante es el del conocimiento de las reglas, puesto que no se puede pedir a los ciudadanos, que no se encargan de la política diaria, que sepan de manera pormenorizada cómo ésta funciona (Lupia, 2002).

En cualquier caso, y dados los datos de los que disponemos, en este trabajo nos centraremos únicamente en el primer ámbito: el conocimiento de los actores; y más específicamente, en el conocimiento de aquel que ocupa en la Comunidad Autónoma correspondiente la máxima responsabilidad de gobierno. Para ello compararemos los datos de tres encuestas, todas ellas llevadas a cabo por el CIS. La primera, por orden cronológico, es una encuesta del año 2002 titulada "Ciudadanía, participación y democracia" (Estudio No. 2.450), y recoge la siguiente pregunta: ¿en qué medida algunos personajes públicos son conocidos por usted? Obteniéndose información sobre cuatro líderes políticos: el presidente del Gobierno, el presidente de su Comunidad Autónoma, el secretario general del sindicato UGT, y el presidente de la Comisión Europea. La segunda y tercera encuestas se corresponden con los dos barómetros autonómicos realizados hasta ahora por el CIS: el Barómetro Autonómico de 2005 (Estudio No. 2.610) y el Barómetro Autonómico de 2010 (Estudio No. 2.829). La pregunta que se lleva a cabo en ambos casos es la siguiente: ¿podría decirme el nombre del presidente de su Comunidad Autónoma?

En las tres encuestas se realiza la misma pregunta. Se trata de saber cuál es el presidente de la Comunidad Autónoma (sin señalar su nombre), aunque la primera tiene la virtud de proporcionarnos un elemento de comparación que puede resultar significativo. Además, las tres encuestas se sitúan en un momento temporal que no las hace coincidir con ningún tipo de elección autonómica. Y esto es importante, puesto que como se ha corroborado en diferentes estudios, medir el conocimiento político en periodo electoral, a través de encuestas preelectorales o poselectorales, produce un sesgo importante de sobreestimación del grado de conocimiento político (Fraile, 2006: 11). A la luz de estas tres encuestas se tratará por tanto de proporcionar evidencia descriptiva, aunque sólo sea de forma tentativa, sobre el conocimiento político autonómico. En este sentido, y mediante la realización de varios análisis de regresión logística, se controlará el peso específico que tienen diferentes variables individuales y, muy particularmente, la pertenencia o no a una comunidad o nacionalidad histórica.

Una vez finalizado el análisis comparado del conocimiento político por autonomías, se lleva a cabo un estudio muy exploratorio sobre una C. A. específica: Castilla y León. Su elección es producto de dos circunstancias. En primer lugar, es fruto del acceso a datos específicos sobre esta comunidad; algo que no ocurre con el resto. Y en segundo lugar, porque acercarse al caso castellanoleonés permite estudiar, como se observará, la autonomía con menor conocimiento político (si atendemos a la identificación de su presidente) del conjunto de autonomías del Estado Español.

El análisis de la autonomía castellanoleonesa se realiza a partir de dos encuestas. La primera lleva por título “Barómetro de Castilla y León. BAROCYL 2006”. Se trata de una encuesta realizada por el Grupo de Análisis Político y Electoral de Castilla y León, grupo compuesto por profesores de Ciencia Política de la Universidad de Salamanca, y financiada por la Fundación Caja Duero. Tiene una muestra de 2.868 casos, lo que para una encuesta autonómica en el ámbito español supone un número bastante considerable. La misma, como el resto de encuestas mencionadas hasta ahora, recoge sin embargo una única pregunta sobre conocimiento político. Y de nuevo tiene que ver con el conocimiento de líderes políticos, en este caso, procedentes todos ellos del ámbito regional. Dicho lo cual, y dada su especificidad —no existe otra encuesta de este tamaño y que incluya al menos esta pregunta— se utilizará para cotejar el conocimiento político que existe en Castilla y León sobre sus líderes.

La segunda encuesta, realizada en diciembre de 2009, tiene al contrario que la anterior una muestra muy pequeña (n=302), lo que aumenta el error muestral hasta un 5,6% si se asume un nivel de confianza del 95%. Esto, sin duda, supone un hándicap, con lo que hay que ser muy prudentes con sus resultados. Lo que ocurre es que esta encuesta tiene la ventaja de incluir hasta 6 preguntas sobre conocimiento político autonómico para Castilla y León. La misma fue realizada por el Centro de Análisis Sociales de la Universidad de Salamanca (CASUS), adscrito al Departamento de Sociología y Comunicación de esta misma universidad, y se empleará, al igual que la anterior, para medir mediante nuevas variables el grado de conocimiento político de los castellanoleoneses.

5. Conocimiento político autonómico: ¿Conocemos a quién nos gobierna?

Si nos fijamos en los datos de la Tabla 1, sí parece que sabemos quién nos gobierna. La práctica totalidad de los españoles en el año 2002 sabía que su presidente del gobierno era José María Aznar. De igual forma, un 83,5% acertaba a señalar a su presidente autonómico. Como cabía seguramente esperar, conocemos mejor a quién nos gobierna a nivel nacional que a nivel autonómico: la diferencia es de casi 15 puntos. Dicho esto, no es menos cierto que estos altos porcentajes contrastan sobremanera si los comparamos con los otros dos cargos públicos que también aparecen en la tabla. Sólo el 13,9% sabía que Romano Prodi (elegido en septiembre de 1999) era el presidente de la Comisión Europea; y lo que llama más la atención: poco más de un cuarto de los entrevistados señalaron a Cándido Méndez como secretario general de la UGT, uno de los dos principales sindicatos españoles, aunque éste en ese momento ya llevaba en el cargo desde abril de 1994.

Tabla 1. Niveles de conocimiento de diferentes cargos políticos. Año 2002

	Respuesta correcta (%)
Recuerda el nombre del presidente del Gobierno de España	98,3
Recuerda el nombre del presidente de su C.A.	83,5
Recuerda el nombre del secretario general del sindicato UGT	26,8
Recuerda el nombre del presidente de la Comisión Europea	13,9

Fuente: CIS, “Ciudadanía, participación democracia” (Estudio No. 2.450).

Ahora bien, si se atiende ahora a los datos de la Tabla 2, se observará cómo el grado de conocimiento de los presidentes autonómicos varía de manera significativa entre autonomías. Entre el valor más bajo que se corresponde con Castilla y León (41,5%) y el más alto de Cataluña (98%) se da una diferencia de nada menos que de un 56,5%. Pero con independencia de situaciones concretas, lo que realmente llama la atención es la diferencia entre los dos grupos de comunidades autónomas que hemos distinguido; esto es, entre las comunidades nacidas al am-

paro del artículo 151 de la Constitución y las comunidades surgidas por medio del artículo 143 (más la inclusión de Navarra). Las primeras, como es conocido, se distinguen fundamentalmente de las segundas por tener un techo competencial más alto y un calendario electoral propio, además de por otras cuestiones, históricas y culturales⁹.

Tabla 2. Nivel de conocimiento del presidente del Gobierno de España y del Presidente de la Comunidad Autónoma. Año 2002

	Presidente del Gobierno de España. Respuestas Correctas (%)	Presidente de Comunidad Autónoma. Respuestas Correctas (%)
Autonomías (art. 151)		
Andalucía	98,1	87,3
Cataluña	98,9	98,0
Galicia	97,8	97,2
País Vasco	99,1	93,6
<i>Total</i>	<i>98,4</i>	<i>93,3</i>
Autonomías (art. 143 + Navarra)		
Aragón	100	73,1
Asturias	100	87,7
Baleares	93,6	53,2
Canarias	97,9	60,8
Cantabria	100	71,9
Castilla La Mancha	91,6	89,7
Castilla y León	99,4	41,5
Extremadura	100	95,5
La Rioja	88,2	64,7
Madrid	99,6	85,4
Murcia	98,5	69,7
Navarra	97,1	64,7
Valencia	98,0	83,7
<i>Total</i>	<i>98,1</i>	<i>75,2</i>

Fuente: CIS, "Ciudadanía, participación, democracia" (Estudio No. 2450).

La diferencia entre los dos grupos de autonomías es mínima y desdeñable con respecto al conocimiento del presidente del Gobierno de España, pero se eleva a una diferencia del 18,1% en relación al Presidente de Comunidad Autónoma. La siguiente tabla, la número 3, que recoge los datos de un análisis de Tabla de Contingencia sobre la base de esa misma evidencia empírica, nos muestra como en efecto existe una asociación significativa e importante entre ambas variables.

⁹ Se debe subrayar que las sucesivas revisiones y reformas estatutarias que se han ido llevando a cabo en todas las CC. AA. han traído consigo una igualación en el marco competencial de las diferentes regiones.

Tabla 3. Conocimiento del presidente autonómico según tipo de C. A. . Año 2002

Conocimiento del presidente autonómico	Tipo de Comunidad Autónoma		
	Autonomías (Art. 151)	Autonomías (Art. 143)	Total
Conoce	93, 3% (1816) [15,8]	75,2% (2304) [-15,8]	83,5% (3569)
No conoce	6,7% (131)	24,8% (571)	16,5% (702)
<i>Total</i>	<i>100% (1947)</i>	<i>100% (2304)</i>	<i>4271</i>

() Número de Casos. [] Residuos ajustados. Chi-cuadrado: 249,5 (significativo al 1%). V de Crammer: 0,242.

Fuente: CIS, "Ciudadana, participación, democracia (Estudio No. 2450).

La situación descrita se repite en 2005, con datos del Barómetro Autonómico I, pero desaparece en el Barómetro Autonómico II de 2010 (véase Tabla 4).

Tabla 4. Conocimiento del presidente autonómico según tipo de C. A. Año 2005 y 2010

	Barómetro 2005. Respuestas Correctas (%)	Barómetro 2010. Respuestas Correctas (%)
Autonomías (art. 151)		
Andalucía	98,2	44,2
Cataluña	90,9	77,9
Galicia	83,8	91,7
País Vasco	96,2	96,2
<i>Total</i>	<i>89,8</i>	<i>68,7</i>
Autonomías (art. 143 + Navarra)		
Aragón	73,4	80,2
Asturias	88,9	93,5
Baleares	76,8	76,7
Canarias	74,7	78,9
Cantabria	93,8	96,6
Castilla La Mancha	71,3	83,9
Castilla y León	56,7	66,0
Extremadura	97,1	81,9
La Rioja	77,0	89,5
Madrid	80,8	95,0
Murcia	78,7	86,8
Navarra	89,3	93,6
Valencia	75,7	86,2
<i>Total</i>	<i>77,0</i>	<i>85,5</i>

Fuente: CIS, "Barómetro Autonómico I" (Estudio No. 2610) y "Barómetro Autonómico II" (Estudio No. 2829).

Que no se repita en el Barómetro de 2010 es producto del bajísimo porcentaje de andaluces que aciertan a señalar a su presidente de gobierno autonómico. Lo cual tiene una sencilla explicación, pues este presidente, José Antonio Griñán, hacia menos de un año que había asumido el cargo en sustitución de Manuel Chaves, quién había dimitido para incorporarse al gobierno central. Este acontecimiento provoca un enorme sesgo en la muestra de autonomías vinculadas al artículo 151 (recordemos que son sólo 4). Por eso, aunque aquí se muestran los datos, no se trabajará con ellos.

Con todo, los resultados de 2005 atestiguan una reducción de la distancia en el conocimiento del presidente autonómico entre ambos grupos de comunidades, pasándose de una diferencia de 18,1 puntos porcentuales en

2002 a una distancia de 12,8 puntos en 2005. Por ello no es de extrañar que, como se aprecia en la Tabla 5, se reduzca el grado de relación entre las variables analizadas. De una V de Crammer de 0,242 en 2002 se pasa ahora a un valor ciertamente menor, 0,168.

Tabla 5. Conocimiento del presidente autonómico según tipo de C. A. . Año 2005

Conocimiento del presidente autonómico	Tipo de Comunidad Autónoma		
	Autonomías (Art. 151)	Autonomías (Art. 143)	Total
Conoce	89,8% (4675) [17,1]	77,0% (4388) [-17,1]	82,8% (8586)
No conoce	10,2% (477) [-17,1]	23,0% (1308) [17,1]	17,2% (1785)
<i>Total</i>	<i>100% (4675)</i>	<i>100% (5696)</i>	<i>10371</i>

() Número de Casos. [] Residuos ajustados. Chi-cuadrado: 293,4 (significativo al 1%). V de Crammer: 0,168.
Fuente: CIS, "Barómetro Autonómico I" (Estudio No. 2610).

Las dos regresiones logísticas que se presentan a continuación atestiguan, no obstante, que tanto para el año 2002 como para el año 2005 la variable con mayor peso es justamente "tipo de comunidad autónoma". En ambas regresiones se controla el impacto de nuestra variable independiente principal con la inclusión de variables actitudinales (de cultura política) y variables sociodemográficas. En la regresión de 2002 se incluyen también dos variables que miden la frecuencia con la que los entrevistados se informan de política a través de diferentes medios de comunicación (prensa, radio y TV). Como se ve, no se evalúan exactamente las mismas variables en cada regresión al tener cada encuesta un contenido diferente. A pesar de ello, es patente el peso de las variables sociodemográficas, especialmente del nivel educativo, el sexo y el estatus socioeconómico, aunque ninguna supera el efecto por tipo de comunidad autónoma. Menos evidente resulta, sin embargo, la influencia de las variables actitudinales, sobre todo en la regresión de 2002. Pero una vez dicho esto, los datos muestran cómo las variables ligadas a la identidad o apego autonómico son las que tienen una mayor influencia en relación al conocimiento político. A ellas habría que unir, por cierto, la participación mediante el voto en elecciones, y no, como quizás cabría esperar, la asistencia a manifestaciones, tal y como se observa en la regresión de 2002.

Tabla 6. Regresión logística binomial asumiendo como variable dependiente conocimiento de presidente autonómico. Año 2002

	Coefficientes	Error típico
<i>Importancia de la política en su vida</i>	-0,066*	0,029
<i>Grado de interés por la política ^a</i>		
Bastante	0,554	0,425
Poco	0,088	0,454
Nada	0,011	0,483
<i>Grado de interés por la política autonómica ^a</i>		
Bastante	0,173	0,355
Poco	0,168	0,368
Nada	-0,087	0,391
<i>Discute de política (frecuencia) ^b</i>		
Algunas veces	0,041	0,341
Raramente	-0,290	0,353
Nunca	-0,638	0,365
<i>Grado de apego a su C. A.</i>	0,413**	0,143

<i>Sentimiento de pertenencia^c</i>		
Me siento más español que (C.A.)	0,192	0,241
Me siento tan español como (C.A.)	-0,050	0,172
Me siento más de mi (C.A.) que español	-0,374	0,224
Me siento únicamente de mi (C.A.)	0,024	0,338
<i>Participación (en horas) en asociaciones y grupos de ayuda^d</i>		
Menos de una hora	-0,139	0,296
De 1 a 4 horas	0,055	0,207
De 5 a 10 horas	0,014	0,228
De 11 a 20 horas	0,010	0,303
Más de 20 horas	-0,374	0,186
<i>Frecuencia lectura noticias políticas en prensa^e</i>		
3-4 días por semana	0,033	0,345
1-2 días por semana	0,129	0,305
Con menor frecuencia	-0,427	0,274
Nunca	-0,601	0,268
<i>Frecuencia de información política en radio y TV^e</i>		
3-4 días por semana	-0,352	0,183
1-2 días por semana	-0,350	0,229
Con menor frecuencia	-0,755**	0,277
Nunca	-0,142	0,359
<i>Asistencia a manifestación último año</i>		
No asistió	-0,099	0,232
<i>Autoubicación ideológica</i>		
	-0,063	0,034
<i>Voto en últimas elecciones</i>		
No votó	-0,382*	0,186
<i>Sexo</i>		
Mujeres	-0,403**	0,136
<i>Edad</i>		
	0,018**	0,005
<i>Nivel de estudios^f</i>		
Secundaria	0,551**	0,187
FP	0,943**	0,257
Universitarios	1,721**	0,316
<i>Tipo de C.A.</i>		
C.A. (art.143)	-1,989**	0,178
Constante	2,971	0,674
Nº de casos	2660	
Pseudo R ²	0,276	

* Significativo al 95 por 100

** Significativo al 99 por 100

a Categoría de referencia: "Mucho"

b Categoría de referencia: "A menudo"

c Categoría de referencia: "Me siento únicamente español"

d Categoría de referencia: "Nada"

e Categoría de referencia: "Todos los días"

f Categoría de referencia: "Hasta primaria"

Fuente: CIS, "Ciudadanía, participación democracia" (Estudio No. 2.450).

Tabla 7. Regresión logística binomial asumiendo como variable dependiente conocimiento de presidente autonómico. Año 2005

	Coefficientes	Error Típico
<i>Valoración situación política autonómica^a</i>		
Regular	-0,374**	0,101
Mala	-0,277*	0,119
<i>Importancia de las decisiones del gobierno autonómico^b</i>		
Bastante	-0,127	0,103
Poco	-0,295*	0,127
Nada	-0,866**	0,181
<i>Su C.A. es una región o una nación</i>		
Nación	-0,465**	0,143
<i>Sentimiento de pertenencia^c</i>		
Me siento más español que (C.A.)	0,531**	0,160
Me siento tan español como (C.A.)	0,631**	0,117
Me siento más de mi (C.A.) que español	0,981**	0,173
Me siento únicamente de mi (C.A.)	1,158**	0,275
<i>Autoubicación ideológica</i>		
Voto en últimas elecciones	-0,041	0,025
Sí votó	0,749**	0,105
<i>Sexo</i>		
Mujeres	-0,841**	0,089
Edad	0,023**	0,003
<i>Estatus socioeconómico^d</i>		
Nuevas clases medias	-0,334*	0,156
Viejas clases medias	-0,488**	0,181
Obreros cualificados	-0,530**	0,155
Obreros no cualificados	-0,705**	0,171
<i>Nivel de estudios^e</i>		
Secundaria	0,861**	0,146
FP	0,392**	0,124
Universitarios	0,981**	0,153
Tipo de C.A.		
C.A. (art. 143)	-1,362**	0,108
Constante	1,907**	0,305
Nº de casos	5837	
Pseudo R ²	0,184	

** Significativo al 99 por 100

a Categoría de referencia: "Buena"

b Categoría de referencia: "Mucha"

c Categoría de referencia: "Me siento únicamente español"

d Categoría de referencia: "Clase alta/media alta"

e Categoría de referencia: "Hasta primaria"

Fuente: CIS, "Barómetro Autonómico I" (Estudio No. 2.610).

6. Conocimiento político en Castilla y León

Como ha quedado corroborado, Castilla y León es la Comunidad Autónoma en donde más gente desconoce a su presidente autonómico. En el año 2002, su presidente, Juan Vicente Herrera, es nombrado por tan sólo un 41,5% de los castellanoleonésos (ver Tabla 2). Un porcentaje tan bajo que se explica, al menos en parte, por su aún temprana llegada al poder (marzo de 2001). Ahora bien, aunque la cifra mejora en 2005, 56,7%, y aún más en 2010, 66%, es siempre el presidente más desconocido de toda España. El segundo más desconocido en 2010, el presidente de las Islas Baleares, consigue un porcentaje de respuestas correctas del 76,7%, lo que lo sitúa nada menos que 10 puntos por delante del de Castilla y León.

Si se observan ahora los datos de las Tablas 8 y 9, que miden el conocimiento político exclusivamente en Castilla y León para los años 2006 y 2009, se detectará que el porcentaje de personas que señala conocer a Juan Vicente Herrera alcanza su valor más alto en 2006, con un 72,2%. Esto puede llamar la atención si tenemos en cuenta que sólo un año antes el CIS había fijado su conocimiento en el 66%. La razón de esta diferencia se encuentra en la forma de preguntar del BAROCYL, que no solicita decir el nombre del presidente, sino que se indique si se le conoce una vez nombrado. De hecho, el resultado de la encuesta de CASUS en 2009, en donde sí se pide al entrevistado que nombre al presidente de la comunidad, vuelve a revelar una cifra mucho menor (el 52,8%).

Las Tablas 8 y 9 recogen más información que la mera identificación del presidente autonómico. En concreto, la Tabla 8 incluye los porcentajes de castellanoleonésos que dicen conocer a diferentes líderes políticos de la región, una vez se les señala, al igual que anteriormente con el presidente, su nombre y apellidos. Los datos ponen de relieve un grado de información política bastante bajo. Así, nos encontramos con que de media los entrevistados atinan a identificar a 3 políticos de los nueve considerados (siendo la mediana 2 y la desviación típica de 2,65). Un 22,1% no conoce, por otro lado, a ninguno de los políticos nombrados; un 15% sólo conoce a uno; un 15,4% conoce a dos; un 11,2% a tres; un 8,6% a cuatro...habiendo un 4,2% que indica conocer a todos.

Tabla 8. Nivel de conocimiento político en Castilla y León. Año 2006.

Líderes políticos	Cargo en 2006	Señala conocerlo
Juan Vicente Herrera	Presidente de la C.A.	72,2%
Ángel Villalba	Secretario general del PSOE	53,5%
José Luis Conde Valdés	Coordinador general de IU	11,2%
Alfonso Fernández Mañueco	Secretario Regional del PP	32,6%
Tomás Villanueva Rodríguez	Vicepresidente de la C.A.	29,3%
José Valín Alonso	Consejero de Agricultura	34,3%
Silvia Clemente	Consejera de Cultura	29,0%
José Manuel Fernández Santiago	Presidente de las Cortes	18,9%
Joaquín Otero	Secretario General de UPL	17,7%

Siglas: PSOE = Partido Socialista Obrero Español; IU= Izquierda Unida; PP=Partido Popular; UPL= Unión del Pueblo Leonés.

Fuente: Barómetro de Castilla y León (BAROCYL).

Tabla 9. Nivel de conocimiento político en Castilla y León. Año 2009

Preguntas	Porcentaje de respuestas correctas
¿Recuerda el nombre del actual Presidente de la Junta de Castilla y León?	51,8%
¿Recuerda el nombre del actual Secretario General del PSOE de Castilla y León?	7,8%
¿Recuerda el nombre del actual Presidente de las Cortes (o Parlamento) de Castilla y León?	5,0%
¿Podría indicarme qué partidos tienen representación en las actuales Cortes (o Parlamento) de Castilla y León?	17,1%
¿Sabe qué es el Procurador del Común?	22,3%
¿Recuerda cuándo se reformó por última vez el Estatut de Autonomía de Castilla y León?	6,7%

Fuente: Encuesta del Centro de Análisis Sociales de la Universidad de Salamanca (CASUS).

Los datos de la encuesta de CASUS (Tabla 9), muestran un grado todavía mayor de ignorancia política, obteniéndose un dato particularmente llamativo: sólo el 7,8% de los consultados acierta a nombrar correctamente al jefe de la oposición y Secretario General del PSOE de Castilla y León, Oscar López¹⁰. Al igual que antes, la media de respuestas acertadas es muy pequeña, ligeramente superior a 1, en concreto 1,10 (siendo la mediana 1 y la desviación típica de 1,19). El 38,6% no responde, de hecho, a ninguna de las preguntas formuladas de manera correcta; un 33,5% acierta una; un 12,7% atina dos; un 9,5% se sitúa en cuatro aciertos; tan sólo uno de los entrevistados contesta bien 4 de las preguntas; y no hay nadie que dé en el clavo en las seis.

7. Observaciones finales

Llegados a este punto, lo primero que cabe decir es que nos encontramos con un trabajo por el momento exploratorio, dados los análisis realizados. Pero del que caben extraerse dos hipótesis principales. La primera es que el conocimiento de la política autonómica (y más en concreto de sus líderes) es menor que el conocimiento que se tiene de la política (y sus líderes) a nivel nacional, lo que no es óbice para especular que este conocimiento es bastante superior al que se da en otras esferas (la internacional, por ejemplo). Mientras que la segunda hipótesis pone en relación el conocimiento autonómico con el tipo de Comunidad Autónoma, corroborándose la existencia de una mayor competencia política entre la ciudadanía que reside en las comunidades nacidas al amparo del artículo 151 de la Constitución (Andalucía, Cataluña, Galicia y País Vasco). El caso de Castilla y León, analizado al final del trabajo, no sería más que el caso más extremo de aquellas autonomías que, a diferencia de las mencionadas, iniciaron su recorrido autonómico a través del artículo 143 de la Constitución. Sólo queda, pues, reflexionar sobre las causas que se esconden tras esta diferencia o separación. Será en el siguiente borrador. Salud.

8. Bibliografía

- ALMOND, G. y S. VERBA, 1970. *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*. Madrid: Fundación de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada.
- ALTHAUS, S. 2003. *Collective preferences in democratic politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ARNOLD, J.R. 2012. "The electoral consequences of voter ignorance." *Electoral Studies* 31 (4): 796-815.
- ARNOLD, J.R. 2007. "Individual and Contextual Effects on Political Knowledge" Paper presented at the annual meeting of the American Political Science Association Chicago, IL, Aug 30, 2007

¹⁰ Óscar López es designado Secretario General del PSOE de Castilla y León en septiembre de 2008.

- BARBER, B. 1984. *Strong democracy*. Los Ángeles: University of California Press
- BELL, D. 1973. *The coming of the Post-Industrial Society*. Nueva York: Basic Books.
- CASSEL, C. A. y C. C. LO. 1997. "Theories of political literacy." *Political Behavior* 19 (4): 317-35.
- CASTELLS, M. 1997. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol 1. La Sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial.
- CONVERSE, P. E. 1990. "Popular Representation and the Distribution of Information." En Ferejohn, J. A y Kuklinski, J. H (eds.) *Information and Democratic Processes*. Urbana: University of Illinois Press, pp. 369–88.
- CRAMPTON, E. 2009. Political Ignorance and Policy Preference. Working Papers Series. SSRN.
- CROUCH, C. 2004. *Posdemocracia*. Madrid: Taurus.
- DAHL, R. 1971. *Polyarchy; participation and opposition*. New Haven: Yale University Press.
- DAHL, R. 1989. *Democracy and its critics*. New Haven: Yale University Press.
- DELLI CARPINI, M. y S. KEETER. 1996. *What Americans know about politics and why It matters*. New Haven: Yale University Press.
- DIMITROVA, D. V. et al. 2011. "The Effects of Digital Media on Political Knowledge and Participation in Election Campaigns: Evidence From Panel Data". *Communication Research* 40 (2): 1-24.
- DOWNS, A. 1957. *An economic theory of democracy*. Nueva York: Harper.
- DOWSE, R. E. y J. A. HUGHES. 1971. "The family, the school, and the political socialization process" *Sociology* 5: 21-45.
- DRUCKER, P. 1993. *Post-capitalist society*. Nueva York: Hutterworth-Heinemann.
- EASTON, D. y DENNIS, J. 1967. "The child's acquisition of regime norms: political efficacy" *American Political Science Review* 61: 25-38.
- FRAILE, M. 2006. Cuánto saben los ciudadanos de política. Documento de trabajo nº 97. Madrid: Fundación Alternativas.
- GALSTON, W. 2001. "Political knowledge, political engagement, and civic education". *Annual Review of Political Science* 4: 217-234.
- GORDON, S. B. y G.M. SEGURA. 1997. "Cross-National Variation in the Political Sophistication of Individual: Capability or Choice?" *The Journal of Politics* 59: 126-147.
- JERIT, J.; J. BARABAS, J. y T. Bolsen. 2006. "Citizens, Knowledge, and the Information Environment." *American Journal of Political Science* 50(2): 266–282.
- KUKLINSKI, J. H. et al. 2000. "Misinformation and the Currency of Citizenship." *Journal of Politics* 62 (3): 791–816.
- LUPIA, A. 2002. "Deliberation disconnected: what it takes to improve civic competence." *Law and Contemporary Problems* 65 (3): 133-150.
- LUPIA, A. y MCCUBBINS, M. 1998. *The Democratic Dilemma: Can citizens learn what they need to know?* Cambridge: Cambridge University Press.
- LUPIA, A., 1994. "Shortcuts versus encyclopedias: information and voting behavior in California insurance reform elections." *American Political Science Review* 88 (1): 63–76.
- MCALLISTER, I. 1998. "Civic Education and Political Knowledge in Australia." *Australian Journal of Political Science* 33 (1): 7-23.
- MARAVALL, J. M. 2003. *El control de los políticos*. Madrid: Taurus.
- MASUDA, Y. 1984. *La sociedad informatizada como sociedad post-industrial*. Madrid. Fundesco-Tecnos.
- MILLER, D. 2011. *Filosofía política: una breve introducción*. Madrid: Alianza Editorial.
- NORRIS, P. 2000. *A virtuous circle: political communications in post-industrial societies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PASQUINO, G. 1999. *La democracia exigente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PATEMAN, C. 1970. *Participation and democratic theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- POPKIN, S. 1992. *The reasoning voter: communication and persuasion in presidential campaigns*. Chicago: University of Chicago Press.

- SÁNCHEZ-CUENCA, I. 2010. *Más democracia, menos liberalismo*. Madrid. Katz editores.
- SARTORI, G. 1994. *Ingeniería constitucional comparada*. México: FCE.
- SARTORI, G. 1987. *Elementos de teoría política*. Madrid: Alianza Editorial.
- SCHUMPETER, J. 1942. *Capitalism, Socialism, and Democracy*. New York: Harper & Row.
- SNIDERMAN, P.M.; R.A. Brody; y P.E. TETLOCK. 1991. *Reasoning and Choice: Explorations in Political Psychology*. Nueva York: Cambridge University Press
- SOMIN, I. 2006. "Knowledge About Ignorance: New Directions in the Study of Political Information." *Critical Review* 18(1-3): 255-275.
- SOMIN, I. 2004. "When Ignorance Isn't Bliss How Political Ignorance Threatens Democracy". *Policy Analysis* 525: 1-27.
- TOURAINE, A. 1969. *La société post-industrielle*. París: Denoel.
- WITTMAN, D. 1989. "Why democracies produce efficient results." *The Journal of Political Economy* 97 (6): 1395-1424.